

EL CAUTIVO.

I.

La luna en los cielos hermosa brillaba,
Gemían las olas con dulce rumor,
La bella natura un canto elevaba,
Henchida de gozo, al gran Creador.

La noche era hermosa, ornaban el cielo
Los astros, sus luces haciendo brillar;
La noche traía al mundo el consuelo;
De Argel las riberas bañaba la mar.

La brisa exhalaba su blando murmullo.
Por fin en silencio ya todo quedó,
Y entonces un canto, del mar al arrullo,
Un pobre cautivo al cielo elevó.

Recuerdos tan tristes traíale el canto,
Que amargo su lloro caía á la mar;
Con la honda al mezclarse su tético llanto
Las límpidas aguas llegaba á enturbiar.

Antiguas historias de un tiempo riente
El pobre cautivo á su alma llamó;
Por eso cantaba con voz tan doliente,
Así era aquel canto que el triste entonó.

II.

Hay una hermosa región
Llena de luz y colores,

Do siempre brotan las flores
Que embriagan el corazón
Con sus mágicos olores.

Una región sonriente
Que tiene un cielo esplendente
De nácar y de arrebol,
Do brillan eternamente
Los resplandores del sol.

Do todo á amar nos convida;
Allí sentir es la vida
Y no amar es no vivir;
Tierra del cielo querida
Donde es bello hasta el morir.

Allí del amor la llama
Todos los seres inflama
Llenándolos de placer;
Allí no sólo el hombre ama,
También ama todo ser.

Ama la brisa á las flores,
Ama á las playas el mar,
Y mezclando sus fulgores,
Aun los astros brilladores
También parecen amar.

Confundiendo sus aromas,
Ama una flor á otra flor,
Y en un cielo encantador
Revolando las palomas
Se van diciendo su amor.

Esa tierra sonriente,
Do sólo hay placer ardiente;
Do no muere la ilusión,
Es la tierra del oriente,
Esa es del sol la región.

III.

Y allí en esa región seductora
 Se encuentra Stambul,
 Y la arrulla amorosa á toda hora
 Un mar siempre azul.
 Dulce aroma le lleva la brisa,
 Cargada de olor,
 Y del sol la radiante sonrisa
 Le presta esplendor.
 Y la cubre un magnífico cielo
 De espléndido tul,
 Y le da con sus cantos consuelo
 Un dulce *bulbul*.
 De los astros los bellos fulgores
 Contempla brillar
 Y le cuentan historias de amores
 Las ondas del mar.
 Allí en esa ciudad tan querida
 De eterno fulgor,
 Ha nacido la luz de mi vida,
 Mi único amor.
 Nació allí la hermosa que creara,
 Cual ninguna el magnífico Alá;
 Nació allí mi adorada Gulmara,
 La que siempre mi estrella será.

IV.

Es mi único tesoro
 Desde que yo la ví.
 No es mujer la que adoro
 Es ángel ó hurí.

Su acento es tan suave
 Que, al escucharla, el ave
 Siente rubor;
 Porque tan sólo encanta
 Como ella, cuando canta,
 El ruiseñor.
 Su voz es melodía,
 Su aliento es ambrosía,
 Sus ojos luz.
 Su risa es alborada
 Y vese en su mirada
 El cielo azul.
 Su boca es una rosa
 Do la abeja industriosa
 Busca la miel.
 Libar juzga engañada
 La esencia perfumada
 De mirto y clavel.
 Lindísima es su boca
 Que á besarla provoca
 Con dulce sonreír.
 En mi infinito anhelo
 Tan sólo pido al cielo
 Darle un beso . . . y morir.
 Tiene el héroe laureles,
 Oro, sedas, corceles,
 Y tiene gran belleza
 Un joven seductor.
 Tiene el rey alteza
 Y tiene riqueza
 Un noble señor.
 Yo tengo una cosa
 Mucho más valiosa,
 ¡Yo tengo amor!

V.

Aquí el cautivo dió fin al canto;
Con sus recuerdos mucho sufrió;
Vertiendo luego su amargo llanto
Del mar las playas humedeció.

Y triste dijo con voz doliente:
“¿Para que vivo sin verla ya?
Buscaré un mundo más sonriente
Donde la muerte nos unirá.

Del oceano las frescas ondas
Me están ahora diciendo: “ven!”
En nuestro seno las penas hondas
Pronto se truecan en un edén.

En nuestro seno, que es tan profundo,
Todos felices llegan á ser.
Aquí se encuentran un nuevo mundo
En donde es todo luz y placer!”

Luego el cautivo con paso lento
Se acercó á la onda, su voz á oír,
Y escuchó un dulce sublime acento
Que le llamaba allí á morir.

Cuando la sombra tendió su velo,
Cuando la luna ya se ocultó,
Cubrió la noche mar, tierra y cielo,
Y él en las aguas por fin se hundió.

Cuando la luna sus rayos lanza,
Y ya no se oye ningún rumor,
Sobre las olas su sombra avanza,
Y una voz dice: “¡murió de amor!”

DESLUMBRAMIENTO.

Soné por un instante
En que el amor con su fulgor radiante
Brillaba en las tinieblas de mi vida,
Y al fuego de ese grato sentimiento
Sentí en mi corazón calenturiento
Yo no sé qué emoción desconocida.

Miraba dilatarse un horizonte
De sueños, de esperanzas y de gloria.
Y sentía bullir en mi cabeza
La idea de un amor inmenso, extraño
Que me asombró con su sin par grandeza.
Mi pecho desbordóse en sentimientos,
Fué raudal de ternura el alma mía,
Y luego oyó mi corazón acentos
De una ignota inefable melodía.

Y una voz cadenciosa,
Que era de la del ángel un remedo,
Al eco de armonía misteriosa
Me hablaba del amor, quedo, muy quedo.
Y á ese acento divino respondía
La creación que entera se animaba
Y el universo todo murmuraba
AMOR con su magnífica armonía.

A ese cántico inmenso
Contestaba mi pecho con latidos

De amor, como si fuera
Mi corazón gigante en ese día
El corazón de la natura entera.

Como de Dios el poderoso acento
Las negras sombras disipó del caos,
La voz de este divino sentimiento
Disipó las tinieblas de mi vida,
Y en una inmensa luz desconocida
Inundado sentí mi pensamiento.

Yo sólo había visto
De la existencia la porción más triste;
Pero vino el amor, y, en su grandeza,
A la vida, la tierra y cuanto existe
Revistió de magnífica belleza.
Se enardeció mi mente
Teniendo de pasión sed infinita,
Y en medio de ese cielo esplendoroso
Formé un mundo de amores más hermoso
Que el bello mundo que el humano habita.
Sentí en el corazón grandes anhelos
Y un raudal de candente poesía
Se alzaba hasta el amor el alma mía
Y el amor la elevaba hasta los cielos!

San Pedro, octubre 7 de 1872.

EN LA MUERTE

DE

MI AMIGO JUAN M. BERMUDEZ.

C'est bien tot pour mourir!

LAMARTINE.

¡Morir! terrible ley de la natura!
¡Cuán triste es nuestra suerte!
Sólo un día vivir sobre la tierra,
Y ver llegar la noche de la muerte.

Mirar á los que amamos
Cerrar los ojos á la luz del día,
La mano que estrechamos
Hallar inerte y fría,
Y ya la vida, en fin, ver extinguirse
Después de una tristísima agonía.

Llorar, y que no escuchen sus oídos
Nuestros ayes sentidos;
Llorar, y que sus restos no comprendan
El dolor de que estamos poseídos;
Buscar á un vivo y encontrarle inerte;
¡Mirad, eso es la muerte!

Está en nuestra presencia!
 Con razón la materia se estremece
 Al mirar que la luz de la existencia
 Brilla sólo un momento
 Y como fuego fátuo desaparece.
 Mas si el cuerpo se extingue
 Y se hunde en el abismo de la fosa,
 Al morir él, al punto se desprende
 El alma luminosa
 Y al seguro inmortal su vuelo tiende.

Lloremos si la eterna despedida
 Damos ahora al cuerpo del amigo;
 Pero sintamos plácido consuelo
 Si una alma, desprendida
 Del valle de dolores, sube al cielo.

Después de las dulzuras
 De la vida, la vida tan hermosa,
 Llegaron de la muerte los dolores;
 La lucha, para tí desconocida,
 Que sufre el cuerpo hasta quedar inerte.
 Después de los dolores de la vida
 Llegaron las dulzuras de la muerte.

¡Qué desconsoladora es la creencia
 De que al morir el cuerpo muere el alma!
 ¿No hay para el que ha llorado en la existencia
 En el cielo una palma?

¿Se extinguiría el sér siempre adorado,
 Y aquella alma querida,
 Que á la imagen divina fué formada,
 Se hundiría en la noche de la nada?

¡Qué cuadro tan terrible
 Nunca! eso es muy cruel, Dios no lo haría:
 Acercar á los seres en la tierra,
 Con vínculos suavísimos atarlos,
 ¿Y luego para siempre separarlos?

Oh! no, no puede ser; que no es la muerte
 Una amarga y eterna despedida;
 Muy pronto irá nuestra alma, con aquellas
 Almas que amó en la vida,
 A la hermosa región de las estrellas.

¡Oh muerte, no te veo aterradora;
 Que si tu eres la noche,
 Más allá de la noche está la aurora!

¿Qué es morir? ir á un mundo más hermoso,
 Es la calma después de los dolores;
 Más allá del trabajo está el reposo,
 Más allá de la sombra hay resplandores.

Morir, eso es dejar el triste duelo
 Para hallar la alegría;
 Es dormirse llorando en este suelo,
 Despertar sonriéndose en el cielo;
 Cerrar los ojos á la noche umbría
 Para mirar la luz de eterno día.

Ya para tu alma concluyó lo incierto,
 Reposas hoy del Creador al lado.
 Dichoso tú que en el seguro puerto
 El reposo eternal has encontrado.

Ya no tienes recuerdos de lo triste,
 Eres ahora el náufrago marino

Que al estar en el puerto deseado,
Al huracán olvida
Que hasta allí le ha llevado.

A tu apartada tumba tan querida
No llegan ya las olas
Del mar tempestuoso de la vida.

Un compañero amado hemos perdido;
¡Ay! un amigo menos ya contamos
Y el cielo un ángel más. ¡Dios lo ha querido:
Su voluntad Augusta bendigamos!

Si en la mansión celeste,
Del resplandor divino circuída,
Se conserva un recuerdo de esta vida,
Piensa amigo en tu gloria,
Que hay una alma que llanto á tu memoria
Derrama, en la honda noche, dolorida.

Bien sé que tu alma goza dicha eterna
En el alcázar del Señor radiante,
Y que llorar no debo por tu cuerpo,
Grosero estuche que encerró un diamante;
Y, empero, sufro y lloro
Al contemplar marchita y silenciosa
Esa boca que siempre, siempre tuvo
Para mí una palabra cariñosa.

¿Podría contemplar indiferente
La espantosa fijeza de esas manos,
Que estrecharon las mías tiernamente
Con el tranquilo amor de los hermanos?
Aunque sé que la muerte

Hizo la apoteosis de tu alma,
Me abandona la calma,
Y no me puedo resignar á verte,
Si en vida te amé tanto, mudo, inerte.

¡Amarte vivo y contemplarte muerto!
¿Cómo no ha de llorar mi alma afligida?
Al darte la postrera despedida
Me declaro vencido y llanto vierto!

¡Es tan triste morir, morir tan joven,
De la existencia en la estación floral
¡Causa tanta tristeza

Ver una flor del tallo desprendida
En la primer mañana de la vida;
Oír una armonía dulce y vaga,
Un quejido dulcísimo del piano,
Que en el momento de nacer se apaga;
Aspirar un perfume delicioso
Que en un búcaro bello se atesora
Y ver romperse el vaso primoroso,
Y que luego el perfume se evapora!

Moriste, amigo, en tu primer mañana,
Dejando con tu muerte tan temprana,
Una memoria al corazón, de duelo,
Un hueco en esa juventud que estudia,
Al polvo un cuerpo más, una alma al cielo.

Si puede hablarnos tu alma cariñosa
Cuando ya todo duerma en este mundo
En medio de la noche silenciosa,
Ah! ven á revelarnos el misterio
De ese oculto hemisferio;

Que anhela conocer nuestra alma ansiosa
De los muertos la vida misteriosa.

Cuando bañe la luna con su rayo
La creación dormida,
Cuando cierren sus pétalos las flores,
Y duerma la avecilla en la enramada,
Y lancen las estrellas
Sus tibios resplandores,
Desde la inmensa bóveda azulada
Dirígenos, amigo, una mirada,
De la luna en los pálidos fulgores.

Y cuando de dolor alguna historia
Nos haga verter lágrimas á mares,
Ah! ven á consolar nuestros pesares
Con la esperanza de futura gloria.

Hoy que en el seno te hallas
De la felicidad que nunca muere,
Lleno de dulce paz y de alegría,
Bañado del Señor por los destellos,
Ruega al Omnipotente por aquellos
Que lloran en el mundo todavía.

En la mansión del eternal consuelo
Descansa en paz, amigo,
Adios, por siempre adios. . . . pero qué digo?
Pronto hemos de reunirnos. ¡Hasta el cielo!

Guadalajara, 28 de enero de 1873.

TRAS DE LA TEMPESTAD.

La noche estaba lúgubre y sombría,
La tempestad mostrábase imponente,
El rayo retumbaba sordamente,
La tierra estremecerse parecía.

Pero pronto pasó la noche umbría,
La tormenta cesó rápidamente,
Y apareciendo el sol en el oriente
Llenó todo de luz y de alegría.

Así de los que sufren en el mundo
Muy pronto pasa el formidable duelo,
La paz perdida recobrando el alma.

Los que llorais vuestro dolor profundo,
Nunca olvideis lo que os enseña el cielo:
Tras de la tempestad viene la calma.

Guadalajara, febrero 4 de 1873.

AL EMINENTE ACTOR
DON JOSÉ VALERO.

Ven á mostrarnos, ven, sublime artista,
Del arte las divinas creaciones;
Donde quiera que latén corazones
Lauros tu genio sin igual conquista.

Ven, porque en estas zonas
A centenares tienes,
Hermanos que coloquen en tus sienas
Del laurel las espléndidas coronas.

Ven á imitar las grandes alegrías,
Y los grandes dolores,
Y nos harás llorar cuando tú llores,
Y nos harás reír cuando tú rías.

Mucho antes que del golfo mexicano
Surcaras tú las olas,
Ya tu nombre la fama repetía,
Y, ensalzando tus glorias á porfía,
Te cantaban las liras españolas.
Llegó por fin un día,
Y los hijos de América admiraron
Tu gran talento y, con ardor profundo,
Entonaron el canto que hoy renuevo,

Y pronto unió su voz el mundo nuevo
A la voz colosal del viejo mundo.

Ya se conoce aquí tu gran renombre,
Aquí al genio se admira, aquí se tiene
Una alma que se arroba ante lo bello;
¡Yo te saludo, de Jalisco en nombre,
Por tu genio inmortal, de Dios destello!

Ven, pues, y no te asombre,
¡Oh, Valero eminente!
Ya que así al pueblo con tu triunfo encantas,
Que tenga flores mil para tus plantas,
Coronas de laurel para tu frente.

Artista el más sublime te ha llamado
La fama, y ya tu gloria
Escrita está con letras de diamantes,
En todos los países donde se habla
La magnífica lengua de Cervantes.

Y murmuran tu nombre
Del Cantábrico mar las fieras olas
Y las olas del golfo mexicano,
Las brisas españolas
Y las brisas del mundo americano.

Estrecha halló tu genio soberano
Del viejo mundo la extensión inmensa,
Y buscaste en el nuevo más laureles.
Para alabarte muéstranse fecundos,
Y te elevan magníficos cantares,
La voz majestuosa de dos mares,
El poderoso acento de dos mundos.

A LA INSIGNE ARTISTA
SALVADORA CAIRÓN.

Quiero elevar mi canción;
Pero veo con zozobra
Que, si entusiasmo me sobra,
Fáltame la inspiración.

Quiero alzarte hoy mis cantares,
Bella artista celebrada,
Cuya niñez fué arrullada
Por el regio Manzanares.

Yo nunca osaría tanto;
Que no he nacido poeta;
Mas tu genio me sujeta,
Me conmueves, y te canto.

Yo amo al genio con ardor,
Tú me ofreces una lira;
Tú eres la deidad que inspira,
Yo, el olvidado cantor.

¡Y cómo no he de cantar
Cuando hallas, según contemplo,
En cada teatro un templo,
En cada pecho un altar!

Naciste en el suelo ibero,
Que en sus páginas brillantes
Tiene un Lope y un Cervantes,
Una Cairón y un Valero.

Las fulgentes aureolas
Que lleva tu frente ufana,
Muestran que eres digna hermana
De las glorias españolas.

Mi alma que tu genio mira
Hoy, ¿cómo ha de quedar muda?
¡Como mujer, te saluda,
Y como artista, te admira!

Yo que comprendas anhelo
Que existe en la patria mía,
La misma galantería
Que hay en el hispano suelo.

Tus grandes triunfos pregona
La multitud con ardor,
Y añade una nueva flor
A tu espléndida corona.

Si en la escena te miramos
Lo que tú sientes, sentimos,
Cuando tú sufres, sufrimos,
Cuando tú gozas, gozamos.

¡Oh! ¡cuán hermoso es el genio
Que con poder singular
Así sabe dominar
A todos desde el proscenio!

Cuando nuestra alma feliz,
Llena de placer se siente,
Si en el foro, de repente
Te vemos llorar, actriz,

Al punto mismo olvidamos
La alegría que sentimos,
Como tú sufres, sufrimos,
Como tú lloras, lloramos.

Y si, al contrario, el dolor
Nos hace inclinar la frente,
Y te vemos sonriente,
Con donaire seductor,

Al punto mismo olvidamos
Los dolores que sufrimos,
Como tú ríes, reímos,
Como tú gozas, gozamos.

Que sólo te dé, perdona,
Mis pobres versos, que son
Las flores del corazón
Que yo pongo en tu corona.

Otra edad luego vendrá,
Y, ya olvidado mi nombre,
Al recordar tu renombre
Mi canto recordará.

Le hallará pobre de ingenio,
Pero añadirá en mi abono:
"Poco es; mas yo le perdono,
Pues comprender supo al genio."

Nada vale mi canción,
Mas dí al oír mi saludo:
"Me dió todo lo que pudo,
Pues me dió su corazón."

No temas que tu memoria
Muera en nuestro pensamiento;
No muere nunca el talento,
No muere nunca la gloria.

Si las contiendas civiles
Destrozan la noble España,
Y si el sol con su luz baña
Allí, desastres á miles;

Si sus héroes inhumanos,
Tras de combates crueles,
Sólo le ofrecen laureles
Que tienen sangre de hermanos;

Todavía el pueblo ibero
Es grande, pues atesora
Genios como Salvadora,
Artistas como Valero.

Si en el gran reino español
El sol nunca se ponía,
¡Tampoco se pone hoy día
Del arte ibérico el sol!

A JUAN REIG.

La gloria, artista, es tu esperanza sola,
Y tu vida en la tierra americana
De triunfo en triunfo se desliza ufana,
Cual se desliza el río de ola en ola.

Como ayer te aplaudía la española
Región, te aplaude ya la mexicana;
Que dieron á tu frente soberana
Dios el genio, la gloria su aureola.

Sigue por esa senda esclarecida:
Si después de la vida está la muerte,
Más allá de la muerte está la vida.

Mas no la vida breve y transitoria
Que tiene el hombre hasta quedar inerte,
Sino la vida inmensa de la gloria.

Guadalajara, abril 10 de 1874.

ADELANTE!

El águila altanera,
Límites no encontrando, ni horizontes,
Hacia la azul esfera
Se levanta orgullosa,
Y busca en su osadía
Del puro sol la luz esplendorosa,
Y osa ver frente á frente al rey del día;
Así la inteligencia,
Tan libre como Aquel que la ha creado,
Tiende altiva su vuelo
Por el cielo infinito de la ciencia,
Y vuela y siempre vuela en ese cielo,
Y va siempre adelante,
Marcha y ha de marchar eternamente,
Hasta ver atrevida frente á frente
Del sol de la verdad la luz radiante.

A detener su marcha
En vano un tiempo conjúrose el mundo,
En balde pretendieron los tiranos
En hogueras quemar el pensamiento;
En vez de perecer, su vida crece;
Porque es de Dios el soberano aliento,
Y el aliento de Dios nunca perece!
¡Es en vano, retrógrada ignorancia,
Que el pensamiento destruir pretendas!
Al quererle matar le inmortalizas,